

- ANTONIO. No conoces al patrón... Ya sabes que nos dijo que quería ver las bolsas bien apiladas.
- ANDRÉS. Pues que vea que querer no es poder...
- ANTONIO. Es que si encuentra esto así, es capaz de mandarnos con viento fresco...
- ANDRÉS. Eso es higiénico; pero, no te aflijas, que no es para tanto.
- ANTONIO. ¿Qué no?... Don Vicente no gasta bromas... no era así el padre de Miguel...
- ANDRÉS. ¿Qué Miguel?
- ANTONIO. Ese, nuestro compañero, el hijo del antiguo dueño, ¿no lo sabes?
- ANDRÉS. No.
- ANTONIO. Verdad que hace poco que estás aquí.
- ANDRÉS. Tres meses... Es donde he durado más...
- ANTONIO. Pues sí: esta casa fué del otro. Don Vicente ha sido tan pobre como nosotros. Empezó de repartidor y como nosotros también, rompió muchas alpargatas recorriendo las calles con el canastón al hombro; sólo que es así (*golpeándose el codo*), ¿sabes?... y al cabo de unos años, tenía guardados en el fondo del baúl muchos meses de sueldo...
- ANDRÉS. Se parece á mí, que llega la quincena y como no me chupe el dedo, no fumo.
- ANTONIO. Siempre tienes cerca algún compañero...
- ANDRÉS. Es la mejor marca.
- ANTONIO. Como decía: trabajando como dos y viviendo como medio, logró llegar muy alto.
- ANDRÉS. Algo le ayudaría la suerte.
- ANTONIO. Quizás... Dicen que sabía pasar muy bien la mano por el lomo...
- ANDRÉS. ¡Ya!
- ANTONIO. La cuestión es que llegó á ser el hombre de confianza de don Juan, que era un corazón abierto. De repartidor pasó al mostrador, y de éste á la caja; y por fin, á fuerza de privarse de todo, gastar poco y ganar algo, un día con ocasión del pago de no sé qué papelotes, pudo sacar de apuros al padre de Mi-